
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3 Del dolor del hombre al sufrimiento de Dios
<i>Lucio Florio</i>	5 Aunque es de noche. La nocturnidad del mal y la figura del crucificado
<i>Silvia Anselmino</i>	13 Aproximación a la experiencia de la enfermedad y del acompañamiento
<i>Francisco Bastitta</i>	21 La pasión de los niños
<i>Angeles Zambrano</i>	31 Los chicos de la calle
<i>Alberto García Hamilton</i>	33 El corazón que late tras las rejas
<i>Juan Torbidoni</i>	41 Sufrimiento humano y sufrimiento divino en la cultura griega antigua
<i>Emmanuel Housset</i>	49 La misericordia como sufrimiento de amor
<i>Alejandro Mingo</i>	63 “Uno de la Trinidad santa padeció en la carne”
<i>Inés Vaccarezza</i>	79 “La luz del corazón” en Gonzalo de Berceo

Aunque es de noche. La nocturnidad del mal y la figura del crucificado

*Lucio Florio**

La noche, a un tiempo sólida y vacía,
vasta demolición que se acumula
y sobre la erosión en que se anula
se edifica: la noche, lejanía
que se nos echa encima, epifanía
al revés. Ciego, el ojo capitula
y se interna hacia adentro, hacia otra nula
noche mental. Acidia, no agonía¹.

El mal como noche

El mal es parte inevitable del paisaje humano. Su presencia impregna con una tonalidad oscura la misma percepción del ser². De este modo obliga a la mirada humana –capacitada para observar lo

* Sacerdote, La Plata, director de la revista, profesor en varios Institutos.

¹ Octavio Paz, “Aunque es de noche”, en *Árbol adentro*, Seix Barral, Barcelona, 1987, 61.

² Hans Urs Von Balthasar señala: “El hombre moderno no lleva más los anteojos transfigurantes que la fe cristiana ofrecía al hombre observador del mundo (un mundo que había sido encontrado ‘muy bueno’ por Dios, quizás con la perspectiva de que sus pérdidas habrían sido reequilibradas por el sacrificio de la cruz). El hombre moderno descubre la parte nocturna del mundo: agresividad, voluntad de potencia, aniquilación recíproca y, en la esfera de la historia, lo trágico de la cultura, cuya prosecución –según todas las apariencias– conduce a su propia aniquilación. Una luz se ha apagado; el paisaje del ser aparece descolorido y extraño. En ninguna parte se llega a percibir la victoria sobre el pecado mediante la muerte sacrificial de Cristo; la fe se ve puesta fuera de combate por el sobrepeso de lo real...” (*Theodramatik I*, Johannes Verlag Einsiedeln, 1973, 45).

bueno y lo bello— a contemplar un aspecto violento, repulsivo, que se incrusta como una figura heterogénea respecto del resto del universo figurativo. En efecto, bajo sus diversas modalidades —dolor, fracaso, infelicidad, injusticia, enfermedad, muerte, etc.—, el mal se muestra como una figura des-semejante, irregular respecto del resto de formas y sonidos portadores de entidad. De allí que haya sido muchas veces identificado con lo oscuro, o simplemente con la noche³.

Este uso de lo nocturno o sombrío para hablar del mal en sus diversas formas no es sino una utilización simbólica o metafórica. Haciendo pie en la experiencia de ausencia de luz física, la metáfora indica otra experiencia más profunda como es la privación del horizonte de sentido y de confianza ante la realidad. La noche, pues, designa una diversidad de situaciones humanas: desde el sufrimiento personal, el de seres queridos, las pruebas padecidas históricamente por un pueblo, pasando por la ausencia de afectos, de motivaciones, de belleza, hasta llegar al horizonte nocturno definitivo que es la muerte. En todo caso, ya sea por causas exteriores o interiores, desaparece el marco visual y lógico, se quiebra el sentimiento de alegría ante las cosas y, de este modo, se deteriora o se rompe totalmente el sustento para cualquier opción comprometedoras para la acción. La experiencia nocturna engendra el temor, la desorientación y la parálisis de quien la sufre. El calificativo de “nocturno” responde a una clásica —aunque no universal— imagen tanto de religiones como de las artes para expresar el pasaje por el misterio del mal. Éste, bajo sus diversas modalidades, debilita y anula la percepción del ambiente en el que el ser humano se mueve.

En la noche estamos solos

El aislamiento está dentro de la misma naturaleza de lo oscuro. Sin luz, no hay perspectivas, ni dimensiones, ni compañeros. La oscuridad del dolor somete al enfermo, a la víctima o al simplemente

³ La noche no es un símbolo necesariamente relacionado con lo negativo: incluso a veces se lo vincula a lo diurno, como antecedente del alba (cfr. voz “Noche” en Jean Chevalier/Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, Herder, Barcelona, 1995, 753-754).

atribulado a una radical distancia de los otros. No es que desaparezcan del campo perceptivo, sino que se contemplan como lejanos del punto decisivo donde se juega el misterio del dolor. Tal como piensa Scobie, el personaje central de *The Heart of the Matter* de Graham Greene:

“Ningún ser humano puede realmente comprender a otro, y nadie puede determinar la felicidad de otro”⁴.

La persona es la “última soledad” (Duns Scoto): nadie entra totalmente a ese reducto, menos aún cuando es asediado por el dolor. Es importante destacar este aspecto, en la medida en que sólo si se lo sostiene plenamente se es capaz de pensar en un sustituto absoluto. En otras palabras, si no se admite la infranqueabilidad producida por el sufrimiento humano se está inhabilitado para recurrir a un redentor o cualquier otra idea de sustituto.

La maldición en la noche

Una posibilidad ante la prueba es la maldición. “Maldice a Dios y muere” le dice su esposa a Job (Job 2,9b). También fue la actitud de uno de los crucificados con Jesús (cfr. Lc 23,39). La literatura universal está repleta de testimonios en esta línea. El doctor Rieux de “*La Peste*” de Albert Camus, por ejemplo, es paradigmático de la actitud centrada en el evidente absurdo de la muerte del inocente –tal como lo es el niño que muere apestado, después de terribles dolores, en la novela–⁵. No existe ningún ser razonable que no coincida con lo tremendamente ilógico e injusto de ciertos destinos. De allí que resulte justificable la postura de violenta rebeldía, e incluso de reclamo a un supuesto responsable de tamaño dolor no solicitado. La maldición de haber nacido no es sólo el título de una obra de Cioran, sino también el sordo clamor que surge de muchas conciencias humanas, hartas de la pena de vivir. Atahualpa Yupanki lo canta en su copla: “Para vivir como vivo mejor no morir de viejo”.

⁴ “...no human being can really understand another, and no one can arrange another’s happiness” (Graham Greene, *The Heart of the Matter*, Penguin Books, 1978, p. 85.

⁵ Cfr. Albert Camus, *La Peste*, ed. Sur, Buenos Aires (18va. edición), 1975.

Cercanías en la noche

La soledad a la que somete el sufrimiento puede ser atemperada –no suprimida– por diversas cercanías: la de los *sabios*, la de los *artistas* y la de los *solidarios*.

La vecindad de los sabios, es decir, de aquellos que pueden aproximar un sentido a lo que se experimenta permite ingresar la noche en la esfera luminosa de la lógica el propio sufrimiento. No es que se sufra menos bajo la perspectiva de su racionalidad, pero al menos se sospecha de un sentido previo y de un destino posterior. Eso puede ayudar a que la noche no sea tan cerrada. Escuelas psicológicas tales como la “logoterapia” de Víctor Frankl han cifrado su terapia sobre la búsqueda del sentido en medio del dolor.

Los artistas, a su vez, penetran en el cerco del aislamiento del corazón sufriente a través de la armonía y la belleza de la música, la poesía o la pintura. La “musicoterapia”, por ejemplo, explota la prodigiosa fuerza de extrañamiento hacia una realidad más gozosa que tiene la música. La propiedad de provocar un cierto éxtasis –y de ese modo olvidar el punzón permanente del dolor– está también detrás de expresiones culturales notables. Los “*gospels*” de los afro-norteamericanos surgieron en oscuros y hacinados ambientes de esclavos, y probablemente alimentaron la esperanza de varias generaciones de hombres y mujeres nostálgicos de sus tierras de origen y de la libertad. Es sabido que Dostoiewsky escribió varias de sus novelas para escapar de su angustia interior, alimentada por su pasión por el juego y el alcohol. Obviamente, algo parecido puede afirmarse de los pacificadores rostros y paisajes pintados por el trágico Van Gogh.

Las recientes calamidades naturales y sociales padecidas en nuestro país nos han hecho patente que el sufrimiento puede ser sobrellevado en un modo más humano si se comparte solidariamente. Un río desbocado, el hambre de los niños, la pérdida de trabajo sin horizonte de recuperarlo, han dado lugar a un torrente de sensibilidad común y de creatividad en las respuestas que han provocado, al menos en muchos, un sentimiento de “no-estar-solos” en el dolor y una liberadora sensación de que algo bueno viene de este cosmos enfurecido y de esta sociedad enferma de codicia. Ante la ilogicidad del mal sufrido puede aparecer una mano “común”, colectivamente

personalizada, que hagan sentir algo de un amor que supera al mal y a la muerte. Insistimos: el aislamiento interior propio del dolor no queda suprimido, pero hay una iluminación de la nocturnidad mediante una razón comunitaria o solidaria: algo desde donde se puede reclamar a Dios más allá que desde la rebelión oscura. Algo de un rostro paternal-maternal que puede ser vislumbrado en una mano que llega sobre un techo de una casa cubierta por las aguas o sobre la mesa de un hogar al que llegan alimentos frescos y recomponer así la sonrisa de un rostro infantil.

El último recurso: el crucificado

Ante el misterio del mal, el cristianismo no tiene otra referencia que el crucificado. Las explicaciones apologéticas o teológicas sobre el sentido del sufrimiento corren el riesgo de acabar de igual modo que las argumentaciones de los “amigos de Job” si prescinden del escándalo de la crucifixión del Hijo de Dios. Quien, como el que escribe, haya tenido la terrible experiencia de querer explicar el por qué de la muerte de un hijo pequeño por un cáncer a una madre desconsolada sabe que no existe ningún razonamiento convincente. Es más, después de unos minutos de “pseudo-explicación”, las propias palabras comienzan a parecer no sólo huecas sino inauténticas para el mismo que las estaba emitiendo. La única alternativa plausible es la remisión a la figura del crucificado. Es hacia ella donde ha de converger el creyente si pretende percibir una imagen que actúe como contraste superador del panorama oscuro de las figuras dolorosas. Puede resultar paradójico, pero las imágenes nocturnas del sufrimiento son iluminadas por la imagen extremadamente oscura de un hombre crucificado a las afueras de una ciudad, en una casi total soledad y abandono.

Dos referencias poéticas:

a. Luminosidad y oscuridad en la cruz

El arte cristiano de inspiración barroca ha jugado mucho con las luces y sombras. Miguel de Unamuno, por ejemplo, en una obra en

la que describe extensamente al Cristo pintado por Velázquez –un crucificado, iluminado por la luz de la luna y enmarcado por la más cerrada negrura– dice:

“¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?
¿Por qué ese velo de cerrada noche
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno cae sobre tu frente?
Miras dentro de Ti, donde está el reino
de Dios; dentro de Ti, donde alborea
el sol eterno de las almas vivas.
Blanco tu cuerpo está como el espejo
del padre de la luz, del sol vivífico;
blanco tu cuerpo al modo de la luna
que muerta ronda en torno de su madre
nuestra cansada y vagabunda tierra;
blanco tu cuerpo está como la hostia
del cielo de la noche soberana,
de ese cielo tan negro como el velo
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno”⁶.

b. El transfondo trinitario del sufrimiento

El poeta y místico san Juan de la Cruz –quien como Unamuno, aunque siglos antes, residió en Salamanca– supo presentar en clave de antítesis “día-noche” la experiencia del sufrimiento y del encuentro con Dios. En el “*Cantar de la alma que se huelga de conocer a Dios por la fe*”, el carmelita español describe desde la honda experiencia de la prueba personal –cautiverio y honda crisis de fe– la confianza en el sentido último de su situación. Éste no es otro que la Trinidad divina:

Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche.
Aquella eterna fonte está escondida,
qué bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche.
(En esta noche oscura desta vida,
qué bien sé yo por fe de la fonte frida,

⁶Miguel de Unamuno, *El Cristo de Velásquez*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1947, poema IV, pp. 16-17.

aunque es de noche!).
Su origen no lo sé pues no le tiene,
mas sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.
Sé que no puede ser cosa tan bella
y que cielos y tierra beben della,
aunque es de noche.
Sé que no puede ser cosa tan bella
y que cielos y tierra beben della,
aunque es de noche.
Bien sé que suelo en ella no se halla
y que ninguno puede vadealla,
aunque es de noche.
Su claridad nunca es escurecida,
y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.
Sé ser tan caudalosos sus corrientes,
que infiernos, cielos riegan, y las gentes,
aunque es de noche.
El corriente que nace desta fuente,
bien sé que es tan capaz y omnipotente,
aunque es de noche.
El corriente que estas dos procede
sé que ninguna de ellas le precede,
aunque es de noche.
(Bien sé que tres en sola una agua viva
residen, y una de otra se deriva,
aunque es de noche).
Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche.
Aquí está llamando a las criaturas,
y de esta agua se hartan, aunque a escuras,
porque es de noche.
Aquesta viva fuente que deseo,
en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche”⁷.

San Juan de la Cruz, desde la desnudez más absoluta de la noche de fe, se afinca en la certeza de la presencia del misterio amoroso de la Trinidad. Precisamente, la fe atravesada por la inclemencia

⁷ Citado del texto de José Luis Aranguren: *San Juan de la Cruz*, Jucar, Madrid, 1973, 132-133. Olegario González de Cardedal comenta: “(En este poema) donde orden natural y sobrenatural, redención y eucaristía, están trinitariamente explicados por reducción a la fontalidad del Padre, percibida claramente en la noche oscura de la fe” (*Misterio trinitario y existencia humana*, Rialp, Madrid, 1966, 526).

de la prueba es la que lo sostiene en la convicción de un horizonte tri-personal al final del sendero.

“Hay quienes niegan la aflicción señalando el sol; otros niegan el sol señalando la aflicción” (Kafka).

Nadie puede medir el sufrimiento ajeno, sobre todo cuando excede cualitativamente al que se ha experimentado en carne propia. Ante él se impone primeramente el respeto y la distancia ante lo ajeno. La acumulación de mal que ha conocido el último siglo y el presente, probablemente acrecentado para la conciencia del hombre actual a través de los medios de comunicación pero sin duda también agigantado por las poderosas técnicas de aniquilación, impide una mirada ingenua. El mal existe, está allí, es brutal, y el ser humano es capaz de aumentarlo prodigiosamente. La percepción cristiana hoy más que nunca ha de focalizarse sobre la oscura imagen del Cristo crucificado que puede brindar no un esclarecimiento de su sentido, sino al menos una misteriosa razón escondida en el corazón del Padre, que tanto nos amó que nos dió a su Hijo único (cfr. 1 Jn 4, 9-10).

Naturalmente, la cruz no es la última palabra de Dios: la resurrección lo es. Jesucristo viviente abre un día sin ocaso para la historia humana. De este modo, la nocturnidad de la historia queda encuadrada en un don de la vida sin reservas de parte de Dios. La resurrección de Cristo fue y es el acontecimiento que impide que la historia de la humanidad sea efectivamente un doloroso absurdo. Sin embargo, la percepción creyente que se fugase demasiado velozmente hacia el acontecimiento de la resurrección sin detenerse en el misterio de la cruz, correría el riesgo de ser incapaz de asumir seriamente los episodios crueles y amargos de la humanidad. Sólo desde la percepción de la cruz de Cristo, estos son “cruces”, es decir, participaciones en el misterio pascual. Sólo entonces son episodios nocturnos de un “teodrama” en el que el sentido definitivo lo constituye el amor del Padre y su ilimitada donación de vida.